

En la dorada curva de un sueño vivo

Juan Pablo Piñeiro

“En la dorada curva de un sueño vivo como un turbado fantasma que la muerte no puede desvanecer,” es el santo y seña que utilizan los personajes de ficción para identificarse entre ellos y no confundirse con las personas de carne y hueso, en la última novela de Jesús Urzagasti, *Un hazmerreír en aprietos* (2005). Este último tiempo me ha tocado constatar que incluso grandes lectores de la obra del chaqueño aún no han leído esta novela. Eso no los descalifica, al contrario, los convierte en unos afortunados pues todavía no han tenido el gusto de conocer a los integrantes de “La colmena sonámbula,” tomarse un trago en el mítico “Foremore” o disfrutar de una velada en “La madrepora iluminada.” Sin la intención de simplificar las cosas, un lector puede advertir que en *Tirinea*, la primera novela de Jesús Urzagasti, Fielkho es un personaje que llega de la provincia a un pequeño cuarto de la ciudad. Muchos años más tarde, en la novela *El último domingo de un caminante*, son los hombres de la ciudad quienes montan un camión para conocer la provincia. Entre ambos libros están *En el país del silencio*, *De la ventana al parque*, *Los tejedores de la noche* y *Un verano con Marina San Gabriel*. Un tejido circular enhebra todas estas novelas. Un mandala perpetuo se dibuja en el interior de su circunferencia. Y en el centro que casi no se ve, está nombrado un país, el país de Jesús, nuestro país. *Un hazmerreír en aprietos* es la obra que transmuta este recorrido transformándose en una fuga.

La obra de Jesús Urzagasti es la constatación más clara de que la escritura existe. Cómo explicar sino que un campesino de la lejana provincia, nacido prácticamente en el monte, sea conminado por sus propios sueños a escribir. La escritura existe porque aunque muchos la buscan en las universidades, en los premios internacionales o incluso en los salones aparentemente iluminados que montan las grandes editoriales, ella se le aparece a quien se le tiene que aparecer, aunque el destino del que la recibe parece apuntar a otro lado. De esa desviación, de esa puerta que se abre inopinadamente, de ese camino inverosímil nace la escritura. Por eso está bordada por la alquimia como un sendero de conocimiento. Un saber que no se petrifica porque la ficción lo aligera con su sonrisa.

Para Jesús Urzagasti escribir no era ningún chiste, seguramente por eso en sus libros se puede disfrutar de su gran sentido del humor. Él lo entregó todo hasta el final. Hasta el último de sus días, y ahora está enhebrado a ese mandala circular que está en el centro de su obra. Él reconoció la luz que se le apareció en medio de los árboles. Entendió enseguida que lo estaban eligiendo como heredero de un mundo de palabras que han sido talladas por el silencio de muchos idiomas. Jesús Urzagasti es un heredero del país. Pero este país, nuestro país, no es un país, es un territorio sagrado, es un pájaro de majestuosos colores que bate sus alas en la oscuridad. Los colores de ese pájaro ancestral no nacen como consecuencia de la oposición entre la luz y las tinieblas, vienen de más lejos. Por eso solamente los que sufren este país o los que lo callan son capaces de presentir los colores misteriosos de este pájaro que brilla en la oscuridad. La escritura existe y es un camino, y aunque a muchos les parezca un despropósito darle semejante grado de seriedad al oficio de escribir, el camino de conocimiento existe. Quizás al final del recorrido se puede descubrir lo que descubre el personaje sin nombre de *Un hazmerreír en Aprietos*: “Qué extraño que, más temprano que tarde, me volviera curandero y terminara sanándome a mí mismo, porque nadie habría de reclamar mis servicios, excepto el mundo, que es un cliente fuera de serie: no paga nada, y encima nos obliga a tallar en la oscuridad la humilde figura del aprendiz.” Claramente se trata de una constatación alquímica, de una verdad transformadora que sólo es posible aprehender con la escritura, con la ficción y con el humor. Quizás por eso no sorprenda que el protagonista de la novela se encuentre, en medio de un maravilloso jardín, una medalla con el nombre de Hermes Trimegisto. Un misterio cifrado en el rocío madrugador del pasto verde. La escritura es alquimia porque la vida es alquimia.

“Aquí todo es claro y nada es necesario,” sentencia una voz, la de Ruperto, cuando el hazmerreír llega al mundo de la ficción y se inicia la novela. La misma frase, recorrido un largo camino, aparece al final del libro como una premonición del mundo que respira al otro lado del tobogán azul por donde el hazmerreír caerá

a la vida. Así se evitan las confusiones de entrada. El personaje en verdad es el protagonista de la novela *Un hombre sin idiomas* del aburguesado escritor Gury Bomotzo. No tiene nombre, su progenitor no quiso cargarlo de los fantasmas propios de tener un nombre. A cierta altura, alguno de los personajes, por necesidad, le pone un apodo, le dice *botón*. Más tarde el hazmerreír justifica este apodo diciendo que es porque: “entro y salgo del ojal sin forcejear. Y en cualquier prenda quedo cabal”. Qué se puede esperar de un ser que ni siquiera defeca como se lo hace notar en el “Foremore” el personaje nonato Santiago Montero, que sí tiene nombre pero nunca nació al mundo de la ficción porque Saturnino Perales, el autor de *Maturana al alba*, novela cuyo protagonista es Montero, fue acribillado por los militares antes de poder concluir su obra. Es muy significativo que el hazmerreír no tenga nombre en un universo donde cada nombre es muy decidor. Empezando por el de su creador Gury Bomotzo, que parece de entrada un escritor pomposo y aburguesado. Por otro lado, qué poeta no quisiera llamarse Clodomiro Cayuya. O cómo no sospechar de la frivolidad de la esposa de Bomotzo cuando descubrimos que se llama Magaly Coronado. Todos tienen nombre, menos él y mandinga, que termina llamándose Ruperto por iniciativa del protagonista. Justamente Ruperto es el que le advierte de los misterios del mundo, dónde será acogido cuando descienda por el tobogán azul: “Aquí todo es claro y nada es necesario.”

Un hazmerreír en aprietos narra la historia de un personaje sin nombre que decide cometer parricidio a sugerencia de otro personaje de ficción que deambula por la novela, el poeta Clodomiro Cayuya. Frustrado por la indiferencia de su creador, quien está más interesado

por otras cosas y no por la escritura, decide abandonar el hogar donde fue creado como un sustituto secreto del hijo que Gury y Magaly Coronado nunca pudieron tener. El hazmerreír entonces se manda a jalar y a descubrir el mundo por su cuenta. Con la habilidad de siempre estar presente donde menos lo llaman, el hazmerreír configura su recorrido. La mayor ventaja de nuestro protagonista es que nadie lo toma en serio, siendo que para él todo tiene una importancia suprema. Gracias al parricidio, el hazmerreír tiene la libertad de descubrir las cosas por su cuenta y así es como llega a Bolpebra y conoce el famoso circo “La colmena sonámbula.” Es un circo itinerante que tiene la virtud de llegar a todo el país. La pregunta que le hace de entrada Maluba, uno de los amores del hazmerreír, es vital: “¿Payaso o trapecista?” Es una pregunta difícil de entender sobre todo cuando ve que Clodomiro Cayuya, el poeta, quien tranquilamente podría hacer reír a las multitudes con sus ocurrencias o con la libertad que tiene para decir las cosas, está vestido de celeste como un connotado trapecista. Por otro lado, Santiago Montero, el arquetipo del hombre valiente e ineludible, que está amenazado por los agentes de Gobierno por la conciencia social de su lucha, debería ser un candidato perfecto para trapecista, no por nada camina siempre al borde del abismo, pero en el circo Santiago Montero termina siendo el payaso principal. Todo puede pasar en “La colmena sonámbula,” donde los personajes son transformados por las posibilidades secretas que esconden en su interior.

Para un personaje de ficción no es tarea del otro mundo enlazar dimensiones distintas con su recorrido. Por eso puede pasar de un lugar a otro sin mucho trámite. De esta manera no solamente visita el circo, sino

también el “Foremore,” la librería de la “Torresinfin” o “La madrepora iluminada”. En todos los sitios se pone a escuchar y a aprender. Está dispuesto a todo y anda por ahí pretendiendo tener la densidad de una historia propia encima de los hombros, cuando en verdad no la tiene. Todos destacan por algo, menos este firulete. En las diferentes charlas que tiene con la gente va descubriendo los secretos de la vida de su creador y de su mujer, Magaly Coronado. Gury Bomotzo, una lumbrera respetable del país, había decidido desposar a una reina de belleza. Magaly había tratado de imponerse en el difícil ambiente que le generaban sus amigos, menospreciándola. A ella la única literatura que le interesa es la de Thiago Coelho. Por eso y por su puritanismo recalcitrante, Gury Bomotzo decide leerle ciertos pasajes de autores como Henry Miller, haciéndole creer que son del tal Thiago Coelho. Pero lo que el escritor no sabe es que ella sí valora la buena literatura, por eso sabe de memoria todo lo que escribió Saturnino Perales, el autor de *Maturana al alba*, novela que fue interrumpida por el asesinato de su autor a manos de agentes del gobierno. Son muchos los nudos que va desentrañando el hazmerreír en su aprendizaje por la vida. Poco a poco y sin quererlo, descubre que aunque no tiene nombre, sí tiene una historia que lo precede, un peso en este mundo. Cuando se da cuenta de esto, solo le queda tiempo para encerrarse y reflexionar acerca de lo que le pasará, pues reconoce a quienes lo esperan del otro lado del huevo azul y naranja en donde se encuentra.

La plasticidad de *Un hazmerreír en aprietos* es magistral. Es una prosa donde se percibe a todas luces un estilo propio y consolidado por años de trabajo. Es un

lenguaje frondoso que se luce con la autoridad de un idioma personal sustentado en lo invisible, nacido en el “jolgorio de la irrealidad.” El país está presente como en toda la obra de Jesús Urzagasti, pero en este caso está velado, alumbrado en sus detalles. En medio de los entresijos de la ficción se pasean los obreros del país en constante lucha por sus derechos. Incluso se menciona a Eustaquio Picachuri, aquel minero que decidió prenderse una dinamita en el Palacio de Gobierno. El hazmerreír no intuye casi nada, hasta que Víctor el camionero le da una vuelta por el país y le descubre aquello que está más allá de la ficción. Por algo dicen en la obra que “quien quiera navegar en la imaginación primero deberá cruzar a pie la cruda realidad.” Quizás toda la obra anterior a *Un hazmerreír en aprietos* refleja el segundo movimiento, por eso en esta novela se puede navegar en la imaginación.

Un hazmerreír en aprietos es la coronación de una escritura alquímica. Una prosa en apariencia natural y desenfadada que solamente puede causar ese aparente efecto porque ha sido labrada por años. En esta novela pareciera que ninguna palabra está demás, cada una está encargada de alumbrar un universo. Es quizás la obra de ficción más completa que ha parido nuestra literatura porque nace de una profunda contradicción. Y como dice en una de sus páginas: “el muerto se queda en la memoria de los vivos cuando hace de la contradicción humana una totalidad coherente, más próxima a la poesía que al ejercicio del poder.”

Mayo de 2014